

## *Crisis y reforma de la Filosofía* (E. Nicol)

Firmado en Méjico a finales de 1982, llegó a esta revista un sugerente libro: *La revolución en la filosofía. Crítica de la razón simbólica*. Su autor es el prestigioso, aunque quizá no excesivamente conocido, profesor de la Universidad Autónoma de Méjico, Eduardo Nicol. Nacido en Barcelona en 1907, obtuvo los grados académicos, como filósofo, en la ciudad natal. Tras dedicar los primeros años de docencia e investigación a su universidad de origen, hubo de emigrar a Méjico en 1939, fecha clave que significa su alejamiento corporal de España y el inicio de un prolongado magisterio como catedrático de Metafísica en la Autónoma.

Desconozco las virtudes de E. Nicol en su vida académica. Por su pluma veo que es hombre meditativo, buen humanista, filósofo consciente de que frente a actitudes iconoclastas o polémicas vale la pena ser «comprensivo», en el mejor sentido de «asimilador de ideas y procesos históricos» que permiten entender orgánicamente el dinamismo de la verdad. Sus estudios revelan preferencia por el método fenoménico e histórico, colocando en la base el absoluto primario: «Hay verdad». Se muestra, además, dialéctico y hermeneuta. Habla en escritos profundos, en otros de tono menor, y no elude la prensa diaria. Su estilo, no obstante, resulta más apropiado para reflexión sosegada —que llama meditación— que para urgencias del momento. La temática por él tratada, dentro de cierta unidad de preocupaciones, es muy variada: el ser, el hombre, la verdad, la

ciencia y sus principios, la comunicación, la vocación humana, la praxis y su teoría, la problemática de la filosofía actual tentada de traición a su genuina pureza original.

Sus obras completan ya más de doce volúmenes, no fáciles de leer, porque el género de «meditaciones» rehuye esquemas y síntesis clarificadoras. El hilo conductor de su pensamiento hay que buscarlo no pocas veces a través de grandes visiones y de análisis amplísimos. De entre esos volúmenes, por la relación que guardan con ideas a exponer en este breve comentario, conviene destacar estos títulos: *La vocación humana*, *La idea de hombre*, *Metafísica de la expresión* y *Los principios de la ciencia*<sup>1</sup>.

Las páginas que aquí se le dedican, con sincero afecto por su defensa de grandes valores humanos, no se refieren a la totalidad de su obra y doctrina, cosa que desborda al articulista y que algunos escritores españoles, como José Gómez Medina, sabrían hacerlo muy bien. Aprovechando la ocasión de anunciar el nuevo título, *La revolución en la filosofía*, tengo el gusto de presentar el tríptico formado por estos libros complementarios: *El porvenir de la filosofía*, *La reforma de la filosofía*, *La revolución en la filosofía*<sup>2</sup>. Presentar nada más, pues, si se tiene en cuenta la diversidad de meditaciones colaterales que, en torno al núcleo fundamental de cada volumen, exploya E. Nicol, otra cosa no alcanzo a realizar. Nicol, como Ortega, filosofa por doquier y lo mismo puede recrearse en un párrafo sobre la vocación humana que en otro sobre la violencia, la

1. *La vocación humana*, ed. El Colegio de México, México, 1953, 352 pp. *La idea del hombre*, 1.ª ed. 1946; 2.ª ed. mejorada, México, F.C.E., 1977, 428 pp.; *Metafísica de la expresión*, 1.ª ed. 1957, 2.ª ed. renovada, México, F.C.E., 1974, 285 pp.; *Los principios de la ciencia*, 1.ª ed. 1965, 2.ª ed. México, F.C.E., 1974, 510 pp.

2. *El porvenir de la filosofía*, México, F.C.E., 1972, 356 pp.; *La reforma de la filosofía*, México, F.C.E., 1980, 334 pp.; *La revolución en la filosofía. Crítica de la razón simbólica*, México, F.C.E., 1982, 280 pp. Para agilizar la lectura designaremos a cada libro por sus dos palabras iniciales; y en las citas, entre paréntesis, por las abreviaturas: *El porvenir* = P; *La reforma* = Ref.; *La revolución* = Rev.

Advierto al lector que en repetidas ocasiones subrayo palabras de E. Nicol para dar énfasis al texto elegido como ejemplo o clarificación de las ideas.

enajenación, la protesta juvenil, el ser-obrero o la retórica y psicotecnia.

\* \* \*

Supuesta la obligada limitación de una «nota», ceñiré el comentario a dos aspectos relevantes que históricamente Nicol trató primero: la *crisis* y la *reforma* de la filosofía. Para otro esparcimiento queda reservado el tema de la revolución en la filosofía. Y con vistas a no repetir conceptos en cada página, irán delante dos párrafos introductorios.

### 1. *Porvenir, reforma y revolución en filosofía.*

En el prelude al libro *La revolución* dice literalmente el autor: «La obra presente expone el proyecto de una *Revolución en la filosofía*. Es la parte final de unas meditaciones que se iniciaron con *El porvenir de la filosofía* y prosiguieron con *La reforma de la filosofía*. Cada uno de estos tres libros tiene su propia razón de ser, pero entre todos forman la unidad orgánica de una filosofía (Rev. 9). El toque de alerta lo dio su conciencia preocupada en 1972, cuando inició *El porvenir* de esta forma lapidaria: «la filosofía está en peligro» (P. 7). Entre certezas de unos y titubeos de otros, percibió que el fenómeno de la *peligrosidad mortal* se cernía, abierta o solapadamente, sobre la filosofía, y decidió batirse con bravura, clarificando las cuestiones de forma que, si la filosofía moría, muriera con honra, y, si cabían esperanzas, la reforma salvadora viniese sin tardanza. En aquel momento, no obstante, entre el cúmulo de materiales faltaba la luz de un discernimiento que vendría más tarde: el *porvenir* se entendía como *crisis de destino*; pero la *reforma* se resistía a expresar todo lo que en la modernidad y en la mente de Nicol se contenía. La incertidumbre cesó al deslindar los conceptos de *reforma* y *revolución*. (Ref. 18, 20, 21).

Contamos, pues, con tres términos claves: *porvenir*, *reforma*, *revolución*. Con una descripción elemental cabe aludir a los tres. *Porvenir*: conjunto de reflexiones sobre las circunstan-

cias, actitudes y causas que colocan a la filosofía actual en estado de *crisis mortal*, privándola de perspectiva futura, de contenido o de misión, al menos aparentemente (*Ref.* 27). *Reforma*: es radical re-forma, restauración de la forma primigenia y definitiva de la filosofía; vuelta o de-volución a la forma esencial y genuina de la que ha podido desviarse el pensamiento moderno, germinalmente en Bacon, Descartes..., y descaradamente en el pragmatismo, utilitarismo o filosofía de dominio (*Ref.* 12, 34, 42). *Revolución*: es la múltiple acción de respuesta que los filósofos —concretamente los filósofos de la modernidad— han dado como solución a las crisis internas; respuesta *innovadora*, por ejemplo, del método o de algunas funciones, desde la misma filosofía, sin recurso a la génesis de la filosofía y sin comprometer la estabilidad mundana de la vocación de pensar (*Ref.* 12, 16, 32).

## 2. *El hombre, ser de la expresión y de la verdad.*

En la *Idea del hombre*, en la *Metafísica de la expresión*, y fragmentariamente en cualquiera de las otras obras de Nicol, ocupa un puesto de máximo relieve la *categoría* interpretativa del hombre como *ser de la expresión*. Quiere ser una interpretación ontológica, no meramente figurativa. *Hay ser*. Y en el mundo del ser, el ser del hombre adquiere peculiar sentido a partir de este elemento estructural: *ser de la expresión*. Ni mera función, ni previa capacidad. En esa categoría —no única— viene dada la estructura del ser humano; y a partir de ella, como elemento permanente y dinámico, cabe entender y deben entenderse, según Nicol, las diversas teorías que sobre el hombre nos ha ido ofreciendo la historia del pensamiento. El ser inexpressivo se expresa e integra en el ser expresivo humano. ¿Por qué virtud o don sólo el ser humano merece ser llamado ser de la expresión? Porque, a diferencia de los demás seres, sumidos en la uniformidad obligada e inexpressiva, él goza de prerrogativas, como la libertad, que le hacen trascender la naturaleza unívoca y abrirse a acciones de variados sentidos. Frente al determinismo, el hombre no es *ser programado*

e invariable sino que se va haciendo, re-haciendo o re-creando, en el proceso de un diálogo cultural humanizante con el ser, consigo mismo, con la comunidad. Tres palabras sagradas recogen la esencia de ese *ser expresivo*: *ser libre*, *ser de la verdad*, *ser simbólico*.

Recurriendo a esas y a otras fascinantes expresiones, como la que hace al hombre *responsable del ser* y su cuidador, Nicol descubre y comunica el compromiso del hombre en *mantener el ser en su plena pureza*, impoluto, por medio del «logos», ejercitando la razón pura o razón científica-filosófica, en dimensión no meramente formal-lógica sino también vital-ética-histórica. *Científico* en el sentido vocacional genuino, puro, es el hombre conocedor, admirador, aprehensor de la verdad del ser en actitud pura, desinteresada, vocacional, con *philia* o amor; no puede serlo el que —quizá aplicando con pleno derecho el saber a la praxis, y hasta al dominio— intenta llamar «ciencia» también a una verdad utilitaria, manejada, rebajada. Estos conceptos son los que posteriormente se verán anenazados, defendidos o postulados nuevamente, en la *crisis* y en la *reforma*.

Solamente el «logos» verdadero puede ser libre; y únicamente en cuanto «verdadero y libre» merece ser palabra o razón de la «filosofía y de la ciencia», por ser palabra cargada de vocación humana, sin descender a niveles de «utilitarismo-pragmatismo». Por esta vía se descubren los caminos por los que discurre lo mejor de las «meditaciones» de E. Nicol sobre la esencia de la filosofía y de la ciencia, que son para el hombre y hacen al hombre históricamente. Las *crisis* que amenacen al *porvenir* de la filosofía tendrán su origen en el envenenamiento de las fuentes vocacionales del ser humano.

El hombre, ser expresivo, aprehende al ser, que se manifiesta en su propia luz como dato incuestionable; por medio del «logos racional y erótico», en lenguaje platónico, le va dando presencia comunitaria, comunicada, compartida, mientras él mismo se va re-creando perfectamente con el ejercicio pluriforme de su ser o dimensión *simbólica*. Se está aludiendo a un factor estructural clave del ser expresivo. Nicol utiliza el

«símbolo» en su significado arcaico, como alusivo a «cada una de las partes de un objeto» que, al ponerse en mutua presencia, se conocen, re-conocen y acreditan. Por fuerza del «símbolo», un hombre reconoce al otro, se reconoce en él y en él se complementa. Páginas importantes en el estudio de la verdad son aquéllas en las que se muestra cómo en el hombre toda significación es simbólica, dialógica y comunitaria, y cómo siempre requiere al menos dos interlocutores afines, mutuamente abiertos a la mediación del contenido de los símbolos.

Ese hombre, creador de formas simbólicas; aprehende la verdad de las cosas en «comunidad», en un contexto de comunicación aceptado, y produce, según su vocación radical, construcciones como la filosofía, la ciencia, la religión, la política, el arte..., cada cual con su autonomía, todas en conexión e interdependencia, y partiendo de una unidad fundamental inviolable. En diálogo con el ser, compartiendo la verdad, perfeccionándose en una praxis general que es ejercicio y desarrollo de las virtudes humanas más puras, se fue fraguando el hombre histórico, cultural, sobre-natural, filósofo, que es libre, responsable, expresivo de la razón de verdad de las cosas. Sólo mutilándolo, «deprivándolo» de sus legítimas conquistas, en lenguaje de Nicol, se le introducirá en la zona de *peligro*, a él, a su mundo y a la filosofía. La voz de la *crisis de destino* dirá algo al respecto.

### 3. *Meditaciones sobre la crisis de la filosofía.*

«Ser filósofo es una manera de ser *hombre*» (P. 135), dice muchas veces Nicol. Pero en estos momentos «no es difícil que el *filósofo*, al contemplar nuestra situación teórica, descubra que sus componentes la caracterizan como una *situación de crisis*» (P. 47), hasta el extremo de que a cada «beneficio vital» de la filosofía parece corresponder hoy «un rasgo de la crisis», pues «lo que por un lado afirmaba el pensamiento, por el otro se lo negaba la realidad» (Ref. 23, 161). Intentaremos entresacar algunas líneas que indiquen la presencia, carácter y fuerza de esa crisis.

Para comenzar, adviértase que, en el conjunto de las construcciones y formas simbólicas creadas por el hombre, la *filosofía* tuvo desde el principio conciencia clara de lo que ella era como saber técnicamente correcto y riguroso, y como vocación humana que está en su base; después adquirió conciencia de su propio proceso histórico y de la situación por la que pasaba en cada momento. Ahora, por primera vez, se le pide que tome «conciencia de su destino», pues por primera vez su finalidad y misión parece incierta (P. 42; Ref. 159-160). ¿Es ésto una evidencia, una hipótesis de trabajo o una cautela? La respuesta viene condicionada por la sensibilidad y actitudes de los mismos filósofos, de los científicos, de los tecnócratas, del contexto mundano en que es acogida o marginada la filosofía. Entre los filósofos se dan variadas actitudes:

— Hay quienes no se alteran, pues ven que el *ejercicio* de filósofo sigue en pie y que la filosofía tiene vigencia en universidades, congresos, publicaciones, aunque se reconozca el fenómeno *transitorio* de la escasez de grandes producciones filosóficas; más fuertes, dicen, fueron los adversarios en otras épocas y no prevalecieron (P. 15; Ref. 219).

— A veces se percibe el gesto altanero, desdeñoso y agresivo de quien responde con el *silencio* a signos externos de crisis, porque mientras la filosofía mantenga rigor de método en el tratamiento de su campo cognoscitivo, conservará su vigencia, aunque la califiquen de ineficaz e inactual (P. 25).

— En ocasiones se evade el problema, porque es ingrato hacer que la filosofía entre en sí misma para mirar las arrugas de su vejez y acaso decrepitud (P. 25).

— Para la gran mayoría el tema de la crisis, misión, finalidad, destino de la filosofía hoy merece ser examinado desde sus raíces. Si el examen mostrara que se da un intento de congregar a la filosofía con todos los rasgos de la modernidad, privándola de la obligación de «dar razón» y degradándola al servicio de utilitarismos y manipulaciones, la respuesta sería armarse de *entereza* y no sucumbir con conciencia angustiada, cobarde. (P. 25; Ref. 205, 196, 193, 122, 220). Si el examen confirmara que la filosofía no es ya un valor ni vocación con futu-

ro, pues ha tocado a su fin, por haber generado las «ciencias nuevas» y el «hombre nuevo», habría que discutir si la filosofía puede morir «por su proceso interno» y si el hombre puede ser «deprivado» de perfecciones adquiridas a alto costo (P. 26: Ref. 160, 164, 165).

— E. Nicol no duda en afirmarlo: la filosofía está en crisis, y no hay que ocultarle el rostro (P. 5, 11, 12; Ref. 7). Si ha de morir, suya es la conciencia de vivir el acto final agónica, trágicamente (P. 5, 25-26). Pero esa postura serena y valiente no impide que nuestro autor, como filósofo auténtico, experimente especial temblor: «La idea del *fin posible* produce una conmoción con la que no pueden equipararse el fracaso de una doctrina, la comprobación de sus defectos, los eventuales desfallecimientos del esfuerzo personal, o la indiferencia de los demás» (P. 24).

El análisis y descripción motivada del *estado de crisis* da lugar a meditaciones varias: la *razón pura*, en libertad y verdad, se ve sustituida por la *razón práctica*; la *verdad pura*, desinteresada, que hace al hombre gratuito, desinteresado, sufre el desprecio de una *civilización* cargada de manipulaciones, intereses y utilidad en todo; el *logos filosófico*, expresivo, es tentado por el *logos sofista*, calculador, pragmático (P. 249-254); la *ciencia pura*, que era saber de la realidad y aprehensión del ser, se torna —o se pretende que torne— *dominio sobre las cosas*, mediación de poder, servidumbre de la razón a favor de otros fines no liberadores del hombre; la belleza y luminosidad del ser, de la realidad, aprehendidos en la *ciencia*, caen en el olvido, porque irrumpe la *investigación* dirigida por fines de utilidad, explotación, pero queriendo conservar el nombre de «ciencia»; el propio *hombre*, que antes ha sido descrito como el *ser de la expresividad*, de la *verdad*, de la *libertad*, de la *creatividad*, lucha ahora por una subsistencia casi biológica y de especie, no liberándose por vía de cultura filosófica, y pierde sensibilidad a medida que se «enajena» (P. 114-121); donde la filosofía ponía el *amor*, la «*philia*», para construir la historia como juego de libertad, necesidad y azar, ahora ha tomado posesión el poder, la violencia, la lucha (P. 50-157); y doctrinas

como el marxismo, la filosofía analítica o la metafilosofía (P. 264-265) auguran el fin del pensar filosófico.

La síntesis esbozada en el párrafo anterior es dura, descarnada; puede parecer que nada salva en la situación histórica por la que atraviesa el hombre actual. Mejor es no entenderlo así, porque carecería de objetividad. Lo que E. Nicol escribe es mucho más rico, ponderado, sugerente. No se opone a la tecnología, a la mal llamada ciencia práctica, a lo formal, a la investigación... Sólo postula que a cada cosa se le llame por su nombre y que la totalidad de los saberes humanos se den en unidad integradora, sin que la verdad limitada de un territorio anule a las demás o las contradiga. Veamos cómo sería su exposición por contraste en algunos puntos:

— La filosofía está en peligro. Es obra de la razón, de la razón pura, desinteresada, motivada por la «*philía*» «que nos vincula al ser tal como es en sí (no como es para nuestro provecho) y nos vincula al prójimo mediante la posesión racional del ser común» (P. 8), y sus frutos aparecen como inútiles, innecesarios, gratuitos —resultado de una «razón de amor» y de una «intención pura»—. Hoy su lenguaje de «*philía*» es suplantado por el de «utilidad»; el de «innecesario» por el de «necesidad»; el de «hombre libre y creativo» por el de hombre «deprivado» de una parte noble de sus perfecciones (P. 8-9; Ref. 194, 195, 203, 204, 206).

— El saber del *ser*, que en el hombre se expresa aprehendiendo científicamente, mediante el «*logos*» teórico, puro, respetuoso, cede al imperio de otro saber útil, pragmático, con ingredientes —eso sí— de exactitud, rigor y rentabilidad máximos. ¿Por qué? Pues «porque lo que pretenden las ciencias es simplemente *operar*, sin preocuparse por la *razón* de sí mismas... Ahí radicaría el peligro: en el cambio de las justificaciones de los fundamentos vitales. ¿Es una ciencia verdadera la que ya no se propone *dar razón* del ser, sino *explotarlo*?» (P. 18).

— El amor desinteresado que en el proceso de la historia asume incluso los «errores», tratándolos como esfuerzos o tentativas de búsqueda en el ser, en la verdad, en el hombre, se ve

ahora desplazado por otra actitud «apremiante», interesada, práctica, que no puede permitirse el perdonar los «errores», porque ello supondría una catástrofe en la técnica, economía, dominio, desarrollo, y da origen a una mentalidad nueva que, si se absolutiza, pragmatiza en exceso (P. 19).

— «La ciencia es una *vocación humana*; no es una vocación profesional, sino una manera de ser hombre. La vocación científica es una disposición interior *contemplativa*. También es *productiva*, como ya indicaba Platón (*Sofista*, 248d). Pero, con este hacer (poíein) que es la búsqueda de la verdad, lo que *se hace* es el hombre mismo» (P. 19-20). Ahora pudiera cambiarse el sentido de la vocación humana, renunciando a la ciencia pura en beneficio de la «técnica»; pero «la técnica no es vocación humana. Procede de la necesidad, no de la libertad... Originariamente es una respuesta del organismo humano ante la presión de las necesidades» (P. 20). Incluso «la cibernética es hija de la necesidad. Su auténtico valor y su mérito es precisamente lo que le impide ser *vocacional, científica y libre*. Prestará un gran servicio, pero servirá para la *acción*» (P. 21).

— Ante la explosión de las «ciencias» (naturales, puras, etc.) en los últimos siglos, la filosofía puede llegar a un «desenlace fatal», precisamente por haber alcanzado su meta: alumbrar, como madre, otras ciencias que le dejarían sin suelo ni horizonte. Si así fuera, es que llevaba en su seno la semilla mortal. Según Nicol, la filosofía podrá morir, pero no por «muerte natural». Alguien o algo tendrá que matarla. Y desde luego ese planteamiento que le lleva a la muerte por ser «madre», está absolutamente viciado. Ni la filosofía en su historia ha sido mero preludeo, sin valor en sí, de las nuevas ciencias, ni el hombre que se hizo con la filosofía se contenta con haber sido simple «aprendiz» de un hombre nuevo (P. 16). Para Nicol «la ciencia no es otra cosa que filosofía. Mientras haya ciencia tiene que haber filosofía. Entre la una y la otra no puede haber pugna ni incompatibilidad. El fin, si llegara, habría de ser común. *La filosofía es la forma científica de la sapiencia*» (P. 17). La unidad fundamental de ciencia y filosofía constituirá una de las bases o principios de la *reforma*.

— En ciertas formulaciones de la «peligrosidad» subyace la confusión actual de «utilidad» y «servicio», lo mismo que la confusión entre «praxis humana», que es principio del hacer y vivir dinámicamente, y «praxis pragmática», que es servidumbre del saber al hacer interesado. Malo es ciertamente afirmar que la «ciencia» no es «sabiduría», en su genuina dimensión vocacional humana, y que la filosofía ya dio de sí cuanto podía ofrecer; pero más funesto sería que se acabase incluso la «capacidad de la vida para reservar un campo a esa tarea (del pensar puro). Pues, ¿qué es lo que da de sí la filosofía?. La filosofía *da razón*, lo mismo en el nivel de la filosofía estricta, que en el nivel de las ciencias particulares. Dar razón y nada más. Pero, si nos habituamos a distinguir desde ahora entre *utilidad* y *servicio*, veremos que el servicio de la razón entraña un ofrecimiento mayor que el de unos pensamientos... Dar razón es una entrega personal, como todo acto libre...» (P. 23). Servicio es hacer más hombre al hombre. Utilidad es servirse del ser sin entregarse a él.

Sería inacabable recoger todos los rasgos de un siglo poco acogedor de la vocación de pensar y de pensar por amor (*Ref.* 25-26). Tal vez lo dicho baste. Añadiendo, para ser justo, que la postura personal de E. Nicol se expresa en una melodía que busca la salvación del hombre, fin de la misma filosofía, y encarece la nobleza de la vocación filosófica-científica, como una forma de vida comprensiva de la razón pura y de la razón vital, y que conduce a estructurar armónicamente filosófica, ciencia y vida humana.

No me resisto a transcribir, como final de párrafo, dos textos ilustrativos. Hablando de lo inhóspita que es la vida en violencia, en lucha deshumanizadora donde la *especie* sustituye a la *persona* y la *naturaleza* vuelve a someter a la *cultura*, dice así Nicol: «La fuerza instintiva de la especie, al recuperar la directiva reduciendo a uno sólo todos los variados fines de la acción histórica, tiene que recurrir a los mismos instrumentos y procedimientos creados por la praxis histórica: ésta fracasó en su *regulación*, pero hay que acentuar la *regulación*; *mecanizó* al hombre, pero hay que aumentar la *mecanización*; está

imponiendo una *deshumanización*, amenguando la capacidad humana de diversificarse... La *cultura*, en suma, se apoyaba en la *naturaleza*, y la superaba sin corromperla ni destruirla. Ahora es la *naturaleza humana* la que, para recuperarse, ha de someter a la *cultura*: la *especie* ha de emplear los *medios culturales* para privar al hombre de sus *finés culturales*, y realizar el fin natural de su permanencia en la tierra» (P. 63).

Y refiriéndose al proceso de la filosofía moderna, admirada porque posee su peculiar grandeza, pero iniciadora de una nueva visión del hombre, agrega: «*El hombre moderno* es el que se concibe a sí mismo como *dominador del universo*; el que concibe la *civilización* como un progreso de las artes e invenciones, es decir, de las *técnicas* mediante las cuales podrán ensancharse los ámbitos de la vida. El *saber* queda supeditado a la *necesidad*; pero una necesidad que no es infrangible sino superable. El *poder de ser* que procuraba la filosofía, se transforma en poder de *dominio*, y éste representa la luz, la aurora de un nuevo día de la humanidad. No el *pensador*, sino el *inventor*, será desde ahora el verdadero «campeón» de la libertad» (P. 50).

#### 4. *Meditaciones sobre la reforma de la filosofía.*

«Plantear un problema con claridad rigurosa ocupa la mayor parte y la más provechosa del quehacer» del filósofo, repite con frecuencia Nicol (*Ref.* 7.). Creo que él ha captado y planteado correctamente el incierto destino de la filosofía en la actualidad; la ha incitado a que se haga «cuestión» a sí misma, como rasgo propio de su ser. Y, al hacerlo, no ha ocultado que señalaba posibles pistas de reforma que le permitirán sobrevivir con misión y estilo peculiar en la «mundanidad».

Tal vez el lector, concluida la lectura del primer libro, sobre *El porvenir*, esperara del autor algo que constituyera la reforma en profundidad, muy pocas veces acometida (P. 7), con un manifiesto final (doctrinal-sistemático) de *lo que es* una filosofía reformada resistente a todos los vientos adversos. El autor no es tan pretencioso ni nos libera del trabajo personal. Apun-

ta con agudeza ciertas líneas, principios, evidencias, etc., y descubre un horizonte abierto al futuro que conecta con la génesis o manantial de la filosofía más genuina. Rehuyendo hacer «sistema» donde no se intentó que lo hubiera, distinguiremos dos momentos en el comentario: enumeración breve de líneas, persuasiones, principios; y exposición de algunas de sus ideas claves en rapidísima visión.

Entre las líneas importantes que E. Nicol utiliza con maestría están las siguientes: para efectuar una recuperación viva y eficaz del ser de la filosofía en su naturaleza, misión, fin, método, pureza...) es necesario convencerse de que apremia la *restauración de la forma*, hacer filosofía y vivirla; apreciar como se merece el *principio vocacional*, que ha sido y será siempre cualidad básica y fundante del quehacer filosófico; recuperar *las condiciones* (humanas, sociales, culturales) en que se dio la *génesis* de la filosofía como novedad incondicionada, es decir, no impuesta o derivada de otras fuentes por necesidad; *integrar en unidad* todos los saberes (precientíficos, científicos, filosóficos...) dándoles sentido de continuidad, no de discontinuidad como se ha hecho demasiadas veces en la historia del pensamiento; *incorporar al pensamiento filosófico* el sentido dinámico, histórico y temporal de la verdad y del ser; *superar las aporías* que surgen entre «verdadero e histórico»; *entender la filosofía* como «forma de ser» y «necesidad vital», no condicionada por los éxitos o fracasos de la «técnica»; *establecer como principio base* de todo conocimiento el dato o evidencia de que «hay verdad» y «hay ser», y que nadie es ajeno a ella; *deducir las consecuencias* de que el hombre, ser-de-la-verdad, y ser-de-la-expresión, tiene que atenerse a la verdad, ya que todos somos «iguales ante la verdad»; asumir el *principio de la racionalidad* y de la *comunidad de lo real*; *decir NO* a las «razones de fuerza mayor» que subordinan la «razón» a otras fuerzas técnicas, utilitarias, necesarias, y que pretenden colocar en «ambigüedad» a la «ciencia». Estas referencias se encuentran en los capítulos que *la reforma de la filosofía* dedica al *problema de la modernidad*, (Ref. 18ss.), al *ideal pragmático* (Ref. 62ss.), *mundanidad* (Ref. 114ss.), *génesis* de la filosofía

(Ref. 159ss.), *ontología* de la filosofía (Ref. 191ss.), *régimen de la verdad* (Ref. 218ss.), y *razón de fuerza mayor* (Ref. 244ss.).

Desgranando algunas de esas ideas, acompañémosle unos minutos al autor:

— Hoy, por hallarse la filosofía y su contexto en situación excepcional, la operación-reforma es más necesaria que en ninguna otra época, pero, según se efectúe, puede alterar la posición «mundana» de la filosofía y la posición del hombre frente a la filosofía (Ref. 7). Es bien sabido que re-formar resulta difícil; y conviene advertir que de hecho «la filosofía no ha llevado a cabo jamás una auténtica operación de reforma» (Ref. 7). A pesar de que la palabra «reforma» se haya repetido hasta la saciedad, máxime en los filósofos «modernos» (de Bacon a Husserl), sólo en contados casos las «innovaciones revolucionarias» se aproximaron a los valores de auténtica reforma, concediendo, eso sí, un primer lugar a Sócrates-Platón y otro preferente a Husserl (Ref. 62-81). Re-forma sería igual a re-volución, si ésta designara el retorno o de-volución a la base prestablecida (Ref. 11, 17, 18). RE-FORMA «no es una operación por la cual adquiera la filosofía NUEVA FORMA. Lo nuevo es la situación; el retorno a la base es novedad porque se había descuidado su apoyo, no porque la propia base sea nueva. Lo requerido es una consolidación de la forma ya establecida desde siempre. El prefijo que lleva la palabra re-forma indica aquí no una alteración, sino una reiteración: la re-petición es una petición que hace la filosofía, para que se tome en cuenta de nuevo su *fundamento inalterable*» (Ref. 12).

— La reforma auténtica posee esa peculiaridad de referirse no a superficialidad sino a profundidades. «La filosofía debe reformarse cuando está en crisis su *fundamento*; cuando la crisis no atañe solamente al *sistema de teoría*, sino a la estabilidad institucional de la *vocación filosófica*, como componente integrado en otro sistema: el de las vocaciones que constituyen un mundo» (Ref. 10-11). Y reforma supone «dar razón del cambio de la filosofía, porque *restablece* su fundamento» (Ref. 42).

— El tema de la mundanidad de la filosofía, que «es mundana y depende de su mundo para subsistir» (Ref. 11) adquiere

su importancia a la hora de determinar *desde dónde* puede efectuarse una reforma. Aunque la filosofía se reforme desde la filosofía misma, las motivaciones internas no bastan; es preciso atender a la condiciones externas en que se mueven los filósofos, pues si «la vida común (no) le presta el sustento implícito de su normalidad», es decir, si no se ofrece una forma de ser y de vida verdaderamente «humanos», no cabe prever hasta dónde llegará la operación interna (Ref. 10-11).

— Una pregunta surge espontánea: ¿es que la filosofía, mundanamente establecida, puede perder la estabilidad de sus fundamentos? He aquí uno de los interrogantes cuya respuesta implica la puesta en marcha de un programa de reforma, y que hace referencia a varios principios: el de la unidad y comunidad de lo real, el de la racionalidad de lo real, el de la temporalidad y el de la comunidad de la verdad (Ref. 12, 13, 18, 29, 39, 115, 132). *Fundamento* es «la condición de posibilidad: lo que hace posible que la filosofía se establezca», y esto tiene que ser algo ajeno y anterior a la filosofía (Ref. 11). Según Nicol la *verdad* y la *vocación de verdad*, sólo ellas, constituyen el fundamento. Cuando se intenta sustituir a la *verdad* por otro fundamento, o no se encuentra base alguna o se degrada el pensamiento. «La vocación de verdad está en la base: es un fundamento anterior a todas las operaciones racionales, a todas las doctrinas filosóficas y a todas las ciencias particulares que van poblando en la historia el territorio abierto por el acto inaugural de la filosofía» (Ref. 37).

— Prosiguiendo en la reflexión anterior, y acercándose a la génesis de la filosofía, entra Nicol en el tema del *principio de razón* y en la *razón de principio*. Dada la «vocación de verdad» que posee el ser-de-la-verdad, «lo primero que se genera (en el hombre) no es una doctrina, sino la posibilidad humana de cualquier doctrina. La obra del primer acto es la mutación del propio actor. Lo fundante de la filosofía es aquella decisión que tomaron los griegos de proyectar su vida *hablando del ser con palabras de razón y con intenciones puras*: con una predisposición liberada de las disposiciones prácticas. Sin esta deliberación previa, el principio de razón no es operante. La

*génesis* no es sólo *inicio*; es *fundamento*, porque el acto genético fue revelador de una vocación humana de la que parten todas las posibles direcciones del pensar racional»... «Por debajo de la variedad de sistemas que forman la historia, en su fundamento oculto, la unidad de la filosofía consiste en la reiteración que lleva a cabo cada pensador original de aquel acto originario» (Ref. 38).

Pero puesta la *génesis*, el primer acto, y el actor transmutado, la *razón de principio* inicia su dinamismo como razón histórica, dando razón de la *génesis* primera y de las *génesis* sucesivas, o mejor, siendo razón de que la filosofía misma sea un «proceso», siempre *la misma* y siempre *en cambio* (Ref. 39).

— En función de lo que antecede, cabe decir que la unidad de ciencia y filosofía «debe encontrarse en el nivel del fundamento más radical y primario que es el de una *definición vocacional a toda ciencia*. Las ciencias especiales... todas comparten el mismo fin de la filosofía... Lo decisivo (es) mostrar que la ciencia es filosofía, por la *comunidad* de la *disposición*, de la *vinculación* y de la *dedicación*» (Ref. 74). En cambio son incompatibles en la *ciencia* la «*philia*, promotora del saber, y la *praxis*, entendida como acción utilitaria y dominadora»; pueden «coexistir en la vida, pero son incompatibles en la ciencia (pues) la *praxis* no es «*filial*» (Ref. 75).

— La filosofía encuentra en su *acto genético* su razón, su sentido y misión. A él hay que volver, remontando la historia, para re-encontrarse. «La filosofía nació histórica. Por eso, el suceso de su *génesis* ha dejado de ser un tema historiográfico. El nacimiento ocurre sólo una vez; pero si la filosofía encuentra en su acto genético su razón fundamental, esta revelación es como un nuevo nacimiento»(Ref. 159). Y esa *génesis* aconteció como *radical novedad*: en una cultura y sociedad selectas, sorprendiendo a los ciudadanos griegos, pues no venía a remediar deficiencias, ni respondía a necesidades utilitarias de los hombres; ser *acontecimiento insólito* y hasta creador de *tensión* humanizadora, es cualidad inherente al ser de la filosofía, y a esa pureza hay que retornar (Ref. 159-165).

— ¿Qué papel se le atribuirá a una filosofía reformada?

*Filosofar* es vocación humana, vocación de vida mundana, necesidad vital, búsqueda sin término (no como la investigación que llega a su meta), ejercicio de libertad (Ref. 196-197, 199, 212). *Vocación filosófica* es una posibilidad e invitación a ser-más, poniendo el acento en el *ser*, pues el ser humano carece de definición completa, porque su «existencia» es ««formación»». La humanidad del hombre que filosofa es «el primer resultado de su misma póiesis». Vocación de ser-más, que siempre estará amenazada de poder ser-menos, ya que así lo pide la estructura personal del ser libre, creativo, responsable, en quien radica la filosofía (Ref. 202-208). En la filosofía reformada aparecerá claro, como en su génesis, que «su saber es puro porque no es puro saber» sino ánimo de hacer, fuerza estimulante, facultad de deso. «La filosofía se distingue de otras formas de sofía porque, siendo su propio fin, no es una simple pericia para hacer esto o lo otro, sino *una forma de ser*. La ciencia no aspira a nada más: nunca es sólo un reflejo de la realidad, o mero saber útil. Su *philía* es una hormona, una fuerza motriz cuyo fin es el punto mismo de su origen» (Ref. 208-209). En otra ocasión nos dice bellamente que «filosofía es *paideia*», pero *paideia* de nueva forma: no como la tradicional educación homérica, ni como la instrucción técnica; «la filosofía *se aprende*, pero lo decisivo es *aprender a filosofar*. Esto significa aprender a *ser hombre*... El filósofo es profesor en tanto que invita a profesar la vida» (Ref. 96).

— La génesis de la filosofía es principio que genera *el régimen de la verdad*. Capítulo de máxima importancia en una filosofía reformada «Nadie es ajeno a la verdad» (Ref. 218). Todos vivimos «en una verdad que no resuelve ninguna duda previa: la verdad de la presencia del ser, y la del ser de cada ente. Sin verdad no hay lenguaje» (Ref. 218). La filosofía instauró el *régimen de verdad* en la vida, «cuando reveló que la vocación de verdad es vocación humana, y no sólo vocación de los profesos en la ciencia» (Ref. 219). Por eso la *verdad* es base y sustento de todas las bases; y las crisis sobrevienen cuando se intenta establecer la filosofía sobre cualquiera otra base (técnica, de dominio, de subsistencia), que no sea ésa

(Ref. 220). El régimen de verdad exigirá, por tanto, al filósofo y a todo ser pensante que «se atenga a la verdad» (Ref. 225-226), pues es ser-de-la-verdad, no sólo en sentido epistemológico sino también ético, que eso es *dar razón* de las cosas (Ref. 230-232). Y no se olvide que ser-de-la-verdad es «ser iguales ante la verdad», iguales ante el dato: «hay verdad»; y *comunicativos* en y por la verdad. La verdad es régimen «común», en que nos fundamos, y que compartimos (Ref. 232, 237-238).

— Finalmente, la verdad de que se viene hablando jamás podrá ser la verdad particular; la verdad científica, ni ninguna proposición que nos haga el pensamiento en sus aproximaciones al ser. «Se trata de un principio vital, de una base o fundamento permanente, universal e insustituible, y que sin embargo ha sido establecido por la filosofía. Pues bien: lo que revela la filosofía es que *Hay Verdad* lo mismo que *Hay Ser*. Estas son evidencias de hecho, que están correlacionadas. La *evidencia del ser* es primitiva, y en ella no participa el hombre activamente. El *ser* es *dado*; la *verdad* es *adquirida*... La verdad es principio de correspondencia» (Ref. 223-224).

\* \* \*

Ninguna teoría de la praxis mata a la filosofía. Será la propia praxis la que entrará en crisis. Ninguna «fuerza mayor» debe frenar la expansión plenamente humana del ser-de-la-verdad y, por ello, ser-de-la-expresión. La filosofía superará la crisis cuando retorne a su esencia en un contexto humano que le permita ser ella misma, para bien del hombre.

CANDIDO ANIZ IRIARTE